

CERTAMEN RELATO CORTO – La Pajarona

Temática: FLAMENCO

Título Relato: FLAMENCO Y OLÉ (una sintaxis vital)

Autor: CHACAL SOLITARIO

Flamenco y olé

(Una sintaxis vital)

Mi nombre del Registro Civil es José Guimaraes Coelho y mi nombre artístico, el de los carteles, mon nom de guerre, como dicen los franceses es Joseito el Portugués.

Mi familia procedía del Alentejo pegando a Portalegre y se fue desplazando hacia el sur llegando a la provincia de Badajoz. Trabajaban por temporadas, unas veces en Portugal y otras en España. Yo, cuando fui a Badajoz por la parte de Fuente de Cantos con mis padres y mis hermanos, a hacer, fíjese que trabajo, muros de piedra seca para delimitar las fincas, trabajo, que por cierto, se pagaba a peseta el metro de muro, ya no volví a Portugal. Allí fue donde me aficioné y empecé a aprender el flamenco.

Trabajaba en ese sitio un hombre que se llamaba Eusebio Méndez Cruz, que tocaba la guitarra con una técnica muy simple pero muy efectiva y muy sentida. A mí se me asemejaba su toque al de Diego el del Gastor, del que por cierto, a los amantes del virtuosismo les he oído hablar con mucho desprecio.

Este hombre, que en la finca no tenía ningún cargo especial (ni manijero, ni encargado, ni capataz pero era el que la hacía funcionar) fue el que me enseñó a tocar la guitarra y me metió en el cante. También, y esto es lo mejor que me hizo, me enseñó a

leer y a escribir durante los cinco años que estuve allí. Mi familia se fue a trabajar a otro sitio aliviada de una boca, aunque supongo que fabricarían otras, y digo supongo, porque no los he vuelto a ver, pero sé que se les daba bien a mis padres eso de hacer hijos.

Cuentas no me enseñó el señor Eusebio, y en realidad las que he necesitado creo que las he sabido desde siempre.

En la finca estuve como he dicho, cinco años y pico, hasta que se murió el señor Eusebio de un colapso o un ictus, que creo que ahora se llama así.

Mi trabajo en la finca era muy ameno: cuidar los guarros, echar pienso a las bestias, llevarles el agua a los segadores, ayuda de limpia en la aceituna y un etcétera muy largo. El jornal, cuando lo había, era bastante más corto. Pero no podía quejarme. Comía todos los días, incluso carne, cuando se hacía una caldereta con una oveja modorra o mayorcita o se cazaba un conejo con lazo o unos pájaros con perchas de crin o con

costillas. También, si a uno le apetecía una presa más grande, se le daba a un pavo una lechada clarita yeso que al fraguarle en el buche mataba al animalito, y, como el casero y los señores eran muy delicados en lo referente a comerse a los animales muertos, nos lo daban a los jornaleros.

La iniciación sexual también la tuve en la finca. La primera vez hasta tuvo gracia. Estaba yo guardando un guarro y un grupo de aceituneras se cachondeó diciéndome: ¿no te da vergüenza, tan grande y nada más que con un guarro? Yo contesté: ¡coño. que me echen más! Esa misma tarde, a una de ellas, la de la lengua más larga, que no era muy guapa pero estaba maciza, le dije: a mí lo que me gusta cuidar de una en una no son los guarros sino otra clase de criaturas, y ella me dijo ¿qué clase de criaturas son esas? Y yo contesté, eso tendría que explicártelo despacio y a solas. Y ahí empezó la cosa; nos apartamos un poco de la casería y menos metérsela, que eso lo reservaba ella para su futuro marido, hicimos casi de todo. Se me notaba que yo de esos asuntos sabía poco, pero oiga, yo a esa edad estaba muy bueno, era un efebo y la muchacha conocía el género.

Después hubo otras, ya sabe usted que el ambiente bucólico predispone al amor, y si no salí doctor en el asunto, sí que saqué una licenciatura con buenas notas.

Pues como le decía, cuando murió el señor Eusebio me fui de la finca. Podía haber seguido, pero, no sé cómo decirle, las lecturas me habían mostrado que había otros mundos y quería conocerlos. Así que me largué y me fui a Sevilla.

En Sevilla, al principio, trabajé en lo que me fue saliendo. Descargar en el mercado, en el puerto, de camarero... El trabajo de camarero fue el que me permitió meterme en el flamenco como profesional sin carnet. Ya sabe cómo era la cosa. Unos tíos, señoritos o negociantes de éxito apalabraban a otros tíos que cantaban y tocaban la guitarra. A esto le añadían media docena de putas y se pasaban una noche o varias de juerga. Naturalmente “los artistas” iban sin contrato a cambio de la bebida, la comida y algunos durillos que “los mecenas” les soltaban. De las putas, algunas se marcaban unos bailes, pero eso era secundario. Paradojicamente, en este tiempo, es cuando más jamón y más gambas he comido en mi vida y menos comida caliente y en condiciones. Y de beber, ni le cuento, por qué si no se bebía parecía uno mariquita.

En una de estas juergas conocí a don Sebastián Belaunde Cisneros que era fiscal de la Audiencia. A este señor, que amaba el flamenco pero al que no le gustaban este tipo de fiestas, fue a una por complacer a un amigo y le gustó mi manera de cantar. Él fue el que me recomendó a un tablao famoso y allí estuve colocado algún tiempo, cantando atrás, tocando la guitarra, y en ocasiones, cantando alante. También fue él quien me sacó del limbo legal en que me encontraba. Me consiguió unos papeles en los que figuraba como de la inclusa y con ellos pasé a tener una cédula de identidad y más tarde un pasaporte español que fue mi rampa de lanzamiento al mundo.

Hablando del flamenco, a mí me gusta el cante y el toque. El baile femenino me gusta a veces. El de los hombres no me hace gracia, porque casi todos los bailarines, o ponen postura de sarasa o de chulo, y además, cara de estreñidos.

De los cantes, lo que más me gusta y mejor canto son las soleares. Les doy un toque melancólico, de fado, que ningún español, payo o gitano les da. Un punto, no sé si de nostalgia por algo perdido o de anhelo por algo deseado, aunque creo que es más bien lo segundo, porque repasando mi vida no encuentro haber perdido nada importante pero sí he deseado muchas cosas.

También me gustan y no las hago mal las bulerías y las cantiñas. A estos cantes les doy un compás que un crítico de un periódico porteño calificó de sinuoso. Después he descubierto que en inglés a eso se le llama swing.

Las siguiரியas y las tonás no me salen. A los cantaores españoles, y ahí me descubro, sí. Y es que ellos tienen sentido trágico, como decía el pelma de Unamuno. Saben quejarse, llorar y gritar como nadie. Pero a mí no me salen.

Los cantes de ida y vuelta no me gustan. Sobre todo después de oír las mamarrachadas que el maestro de los maestros de los mamarrachos el sin par Pepe Marchena perpetraba con ellos, echándoles toneladas de almíbar y voz de falsete para cantar tonterías.

El único que me ha gustado en esos cantes ha sido Pepe el de la Matrona, que me parece un hombre normal que se echa un ratico de diversión.

Los cantes de Málaga y Levante no los sé hacer, pero me sobrecoge tanta belleza estática en la que sin embargo todo tiembla.

Los fandangos, los canto casi siempre bien, pero los canto pocas veces, sólo cuando presiento que me van a salir. Ah, y sólo canto fandangos a compás y ligerito, como hacían Vallejo o el Niño Gloria. También le doy a veces a la cosa de Huelva y a lo abandolao.

De todas formas lo que menos me gusta del flamenco son las saetas. Eso de cantarle a un tío moribundo al que no conozco o a su mamá a la que tampoco conozco y que no sé por qué siempre representan más joven que él, no me inspira en absoluto.

_ Perdone que le interrumpa, pero ¿cómo es que un hombre que dice que aprendió a leer a los diez u once años se exprese tan bien y sobre tantas cosas?

Hombre, tiene su explicación. Desde los diez a los sesenta y tantos que tengo han pasado unos pocos de años. Además, he viajado mucho y he vivido en muchos sitios, y, sobre todo, he leído muchísimo. Esa ha sido mi verdadera pasión, incluso más que el flamenco, ya que este ha sido para mí un medio de vida. Aparte de eso, creo que no soy tonto y cuando uno quiere se pueden hacer muchas cosas. Fíjese en mi tocayo y paisano Saramago que empezó a escribir ya madurito y seguro que terminan dándole el Nobel.

Por aprender he aprendido hasta inglés, cosa que a los españoles les cuesta la misma vida. Tampoco es difícil de explicar, puesto que viví y trabajé varios años en Los Ángeles. Pero eso se lo contaré más adelante.

Referente a la lectura, ¿se ha fijado usted en los cantaores a los que les ha dado por cantar cosas de poetas? Si se escarba un poco, se ve que los poetas son dos o tres, los de guardia, Lorca, Alberti y no sé si alguno más. Lo único que han leído. ¿Se ha preguntado si alguno de estos cantaores ha leído alguna vez, una novela, un ensayo o un libro de historia? Esto no lo habrá oído nunca, por qué no he sido famoso, pero el menda se ha marcado unas soleares con versos de Thomas Stearn Eliot de su obra *The Waste Land* y que yo mismo traduje un poco libremente a octosílabos castellanos. También hice otra con versos de Ezra Pound. Y eso no es nada. Un día en Los Ángeles, después de la actuación en el tablao, charlando y tomando copas con unos gringos, me vino el duende, la inspiración o lo que fuera y me marqué el poema de e. e. cummings, en inglés y por bulerías que empieza, in_cat_mobile, al que le puse la música de esas bulerías de Caracol que dicen: Mi barca va por la mar... acompañándome yo mismo a la guitarra. Los gringos y sus novias, todos ellos muy intelectuales, flipaban en colores, como ahora se dice.

Por eso, cuando oigo hablar de fusión me entra la risa tonta. Desde siempre se han metido rancheras, tangos boleros y otras cosas por bulerías y nadie se ha extrañado, pero ahora eso es fusión y se vende mejor y da mucho juego en las entrevistas.

Le contaré ahora mi aventura americana. En abril del 36, el mal ambiente se mascaba en España y el trabajo escaseaba, sobre todo si estabas escorado un poco a la izquierda.

Unas veinte personas del ambiente flamenco, aunque había también un abogado un sastre y dos administrativos , nos fuimos a Buenos Aires pensando formar una compañía. La cosa no funcionó, por qué no conocíamos a nadie ni las leyes, ni los negocios del país y cada uno tuvo que buscarse la vida por su cuenta.

Yo llevaba unas cartas de recomendación de don Anselmo González Climent, con el que había hecho amistad en Sevilla, en el tablao, y me coloqué con dos chicas, gracias a las cartas, en un tablao de Buenos Aires. Ahora parece que la cosa está chungu en Argentina, pero entonces el nivel de vida allá era muy superior al de España. Corría la plata y Madrid comparado con Buenos Aires era una aldea, no le digo Sevilla. Había teatros, cines, music_halls , tablaos, librerías, de todo. Me pasé allá la guerra española, la mundial y unos cuantos años más, casi todo el tiempo en Buenos Aires pero haciendo giras a Montevideo y por Brasil. De Buenos Aires me traje el recuerdo de esta cicatriz en el brazo, mírela. Se da con cierta frecuencia en Argentina el personaje del maricón muy macho, sin pluma, y uno de estos me cogió celos por qué creyó que me estaba beneficiando a un bailaor del tablao, que no era más que un mariquita a secas que le ponía buena cara a todo el mundo. El joputa me tiró un viaje con un facón, (tiene güevos ir con un facón a un espectáculo), y si no llega a ser por el empujón que le dio la Pepi, una de las bailaoras me lo clava en mitad del pecho. Tengo otra cicatriz, esta que va de la oreja derecha al labio. Después le cuento como fue.

Con Perón la cosa comenzó a oler a cuerno quemado, sobre todo al final de su gobierno. El hombre era un poco hijoputilla, pero los grandes propietarios exportadores y sus ejecutores los mílicos eran hijoputas de pleno derecho. Por eso, cuando le dieron el golpe de estado a Perón opté por abrimme de allí buscando tranquilidad. Un largo éxodo me llevó a Los Ángeles con escalas en Caracas, La Habana y Ciudad de México.

En México conocí a Layla, La Noche, La Egipcia, porque era egipcia, y me casé con ella. Es la mujer más hermosa que he conocido, una especie de Ava Gardner que se embellecía al bailar. En vez de llamarla por diminutivo le alargaba el nombre, Alfunda Layla, Layla, Las Mil y una Noches.

Layla tenía a sus 21 años una larga historia y más viajes que Simbad. Le he dicho que me casé con ella, pero en realidad ella se casó conmigo y en ello quizá influyó el que yo tuviera dos pasaportes, uno español y otro argentino, falso pero muy bien hecho. El caso es que Layla era bailadora y me convenció para que nos fuéramos a Los Ángeles. No le cuento su vida porque le estoy contando la mía, pero le aseguro que es toda una biografía.

Layla se acostaba con los hombres por dos motivos, por interés o por gusto. Todavía no sé los que pesarían más en mi caso. La cuestión era que cualesquiera que fuesen esos motivos dependían de su santa voluntad, y en Los Ángeles su voluntad interfirió con la perfecta organización de los negocios en los Estados Unidos.

Llevábamos varios años en Los Ángeles y no faltaba el trabajo. Quizá no faltaba el trabajo porque Layla miraba por nuestros intereses. Pero llamó la atención de un tipo que vivía del negocio del sexo, el cual pretendía convertirse en el macró de mi mujer. Como no aceptamos el trato, a manera de aviso, me trincaron en un callejón y me hicieron esta marca. A Layla no le hicieron nada por qué no era cosa de estropear una mercancía tan valiosa. Si el argentino era un joputa, al menos tenía la excusa de los celos. Pero el gringo era un joputa de marca mayor, por qué ni siquiera quería explotar a mi mujer para él, sino para la organización en que trabajaba.

De modo, que apenas me cosieron el corte no nos paramos ni a pedir el finiquito en el club, y nos largamos de Los Ángeles más pronto que un mixto.

La siguiente escala fue Nueva York, pero a pesar de los 4000 km que había hasta Los Ángeles a mí no me llegaba la camisa al cuerpo. En Estados Unidos los negocios van de costa a costa.

Ya estábamos en los sesenta, y en Europa, incluida España, se empezaba a vivir muy bien y el flamenco comenzaba a oírse hasta en las universidades y en las grandes salas de espectáculos.

Esta vez cruzamos el charco en sentido inverso, con nuestros flamantes pasaportes norteamericanos y en barco. En mi vida me he subido a un avión, me da una jindama horrorosa. Desembarcamos en El Havre y después de unos meses de tanteo nos

establecimos en Nimes. En el sur de Francia hay un buen ambiente flamenco y nos defendíamos bien, pero yo tenía el gusanillo de volver a España y lo hicimos. La verdad es que el país que me encontré no se parecía en nada al que dejé en el 36. La gente había perdido la caspa y la miseria. Pero que le voy a contar a usted sobre esto que no sepa. Barcelona es un buen sitio para el flamenco, pero después de unos meses allí nos vinimos para Sevilla.

En esta plaza había y sigue estando un agente artístico con un alias cefalópodo con el que hay que contar de forma impecable para tener trabajo en este ambiente, y, claro está contamos con él. Layla hubo de adoptar la posición horizontal mirando por nuestros intereses y supongo que la tomaría otra vez para irse a Madrid, donde trabaja en un tablao de postín.

Yo he decidido no moverme más y aquí estoy como dice el gran Chaqueta:

Sentaito en la escalera
esperando el porvenir
y el porvenir nunca llega.

Como el que no quiere la cosa llevamos aquí unas cuantas horitas hablando, bueno, hablando yo, así que es hora de irse a descansar. Ya hablaremos otro día de cosas que no sean mi vida

Nota del autor. _ Con el fin de que los lectores no incurran en el pecado de intolerancia, bien sea talibánica, yihadista u otras que caen más cerca como la nacionalcatólica o la flamenco purista y me despellejen vivo, debo decir que las opiniones que aparecen en este relato son las del protagonista del mismo.

Las mías, aunque en algunos casos puedan coincidir con las de Joseito, y el adivinar cuales puedan ser lo dejo al arbitrio del avisado lector, las declaro cuando las emito, bien sea en conversaciones con los amigos o en una intervención pública.

Vale.